



Lee la siguiente columna de opinión.

La memoria del agua

Antes de que llegáramos aquí el mundo era del agua. Ella a veces se acuerda y vuelve a ocupar sus antiguos espacios, pero somos nosotros los que tenemos que comprender las leyes del mundo: porque llegamos más tarde y porque lo invadimos todo con una arrogancia que se parece demasiado a la ignorancia, con unas ínfulas de dueños que sólo se nos pasan cuando los elementos reclaman su lugar e imponen una lógica más verdadera.

Todos sabemos que en tiempos casi inmemoriales, la sabana de Bogotá era una gran laguna. Vino un dios o un profeta y rompió los peñascos con su vara, como el Moisés del *Éxodo*, y abrió paso a las aguas y convirtió la laguna en una llanura de fertilidad asombrosa. Todos deberíamos saber que, después de aquello, mucho tiempo la laguna de Fúquene ocupó todavía una gran extensión de la sabana, y sólo en el siglo pasado industriosos seres humanos avanzaron secando las tierras inundadas y fundando sembrados y potreros. ¿Por qué extrañarnos demasiado cuando vemos que las aguas inundan otra vez la sabana? Ello evidencia que no es la sabiduría lo que orienta nuestro modo de relacionarnos con la naturaleza.

Hubo pueblos más sabios. Los zenúes de la región de La Mojana, donde se unen las aguas grandes de Colombia, las aguas del Cauca y del Magdalena, ya hace mil años sabían controlar el régimen de las inundaciones y aprovecharlo para convertir las tierras inundables en zonas de cultivo. Quinientas mil hectáreas de

canales son testimonio de una extraordinaria civilización hidráulica que, sin ninguno de los recursos técnicos del mundo moderno, crearon ese prodigio de ingeniería que aún sobrevive, siquiera como vestigio de una cultura ejemplar y cuyo trazado los viajeros contemplan desde las ventanillas, cuando sobrevuelan la región de las ciénagas.

Es todo un arte conocer de verdad el territorio que se habita. Los invasores españoles, de quienes descendemos, despreciaron el saber de los pueblos nativos, fingieron poseer un conocimiento más avanzado del mundo y creyeron trasplantar la lógica con que habitaban las resacas llanuras de España a una de las tierras más pródigas en agua del planeta entero. A esa *infatuación* de una cultura se deben muchas de nuestras actuales desgracias. Cuántos muertos le debemos a la ilusión de que los europeos, por tener mejores armas, eran superiores a las refinadas civilizaciones americanas que siempre supieron lo más importante: cómo conservar el mundo y cómo vivir respetuosamente en él.

Colombia no puede estar condenada a cambiar sin cesar de tema de sus quejas, de la violencia a la intemperie, de la corrupción a la avalancha. Colombia no tiene por qué eternizarse en la mendicidad con cada invierno y con cada verano. Colombia es un tesoro confiado por ahora a manos imprudentes y necias. Las mías. Las nuestras.

Tomado de William Ospina, "La memoria del agua", en *El Espectador*, 18 de diciembre de 2010.

Velocidad lectora

PALABRAS

468

Lee en voz alta este texto para un compañero. Pídele que mida tu velocidad lectora y que marque tus errores. Antes de calcular tu velocidad, resta un segundo por cada

error que hayas cometido. ¿Cómo estuvo tu resultado? ¿En qué aspectos necesitas mejorar?